

Argentina, Estados Unidos y el Conflicto de los Derechos Humanos

por Daniel WAKSMAN SCHINCA

La revista Carta Política es una publicación que se edita mensualmente en Buenos Aires y que refleja la óptica de un núcleo muy caracterizado de la *intelligentsia* de derecha de ese país, por supuesto muy ligado a determinados sectores de las Fuerzas Armadas. Su director es Mariano Grondona, un hombre que ya ofició de teórico de la dictadura de Onganía, hace diez años, que después practicó zigzagueos varios (incluyendo coqueteos notorios con el peronismo) y que ahora se ha convertido en una especie de ideólogo del nuevo régimen —“Segunda República”, según su propia fórmula— que estarían tratando de fundar los militares.

En su número de abril, Carta Política dedica su artículo principal (la “nota de tapa”) a analizar el contencioso planteado con Washington en torno a la cuestión de los derechos humanos y a tratar de determinar qué conducta debería seguir el gobierno de Buenos Aires ante la impugnación de que es objeto. El análisis no está exento de cierta amargura (“Los Estados Unidos, cuya misión histórica es defender a Occidente, han sancionado a las naciones que vertieron su sangre por llevar a los hechos esa misma defensa... La nueva Roma vuelve sus espaldas a las legiones de fronteras. ¿Es tanta su miopía que ha perdido de vista la amenaza común?”), y no ahorra censuras al nuevo presidente norteamericano (“Carter parece haber instalado en el mundo una lógica de catástrofes. Las habrá. El curso de Carter es un curso de colisión... Hay otros vehículos en las calles. Carter ha salido a pasear por el mundo a alta velocidad y con los ojos vendados. La catástrofe ocurrirá. Carter tendrá su Bahía de Cochinos. Esto es inevitable...”). Sin embargo, cuando se pregunta “¿qué podemos hacer?”, el tono del analista se torna más sobrio. Vale la pena resumir las opciones que toma en cuenta.

En el plano internacional, sostiene, se podría elegir el camino de la “confrontación”, lo cual reubicaría al país en posición opuesta a “las democracias industriales de donde parten los ataques”, implicando una cierta convergencia “con el tercermundis-

mo y con la URSS y sus aliados, también cuestionados por el equipo Carter”. Segunda alternativa: “la pura y simple militancia internacional en favor de nuestras posiciones”. Tercera vía: “la discreción”. Y la cuarta: “salir en busca del compromiso con los Estados Unidos y su coro de democracias industriales”.

Estas cuatro alternativas corresponden —según Carta Política— a otras tantas opciones internas. El planteo de la confrontación encuentra su equivalente en el de la “movilización”. El de la “militancia” corresponde internamente al “desafío” (o sea “seguir buscando nuevas fórmulas políticas sin respetar la ortodoxia democrática”). En tercer término, la “discreción” se acompaña en el ámbito interno por “una actitud de moderación”: esto significa, “sin modificar el rumbo de la lucha antiliberal y el carácter de la fuerte autoridad política, evitar los excesos...”. Por último, el compromiso externo implicaría en el plano nacional “la restauración de los viejos partidos y las viejas instituciones con vistas a una pronta elección”.

Según el análisis, la consigna “Braden o Perón” de 1945 sería un ejemplo de la pareja “confrontación-movilización”. El pinochetismo habría optado a su turno por la fórmula “militancia-desafío”. Y la Argentina actual se habría orientado hasta ahora por la de la “discreción-moderación” (aunque no encuentra ejemplos categóricos del cuarto modelo, el articulista sospecha que Bolivia y Perú estarían desliziándose hacia él).

Cerrando su razonamiento, Carta Política propone en lo internacional “una actitud intermedia entre la militancia y la discreción”, a la que llama “contragolpe”. En síntesis, esta conducta consistiría en que “la Argentina no saldrá a buscar problemas, pero quien quiera provocarla hallará respuestas”. Internamente, se debe optar por “un gradualismo hacia la democracia”.

Un ejemplo de este esquema: “El Departamento de Estado confiaba en hacer un gesto —la reducción de ayuda militar— sin pérdida de influencia gracias a la continui-

dad de la ayuda en niveles bajos, lo cual suponía la permanencia de la Argentina dentro de la zona de los armamentos y las misiones militares estadounidenses. Al “castigar” este gambito con el rechazo de toda ayuda, la Argentina privó al Departamento de Estado de esas posibles compensaciones. Y demostró, sobre todo, que no permanecerá inmóvil ante nuevos ataques. Si mañana el Eximbank (Banco de Exportaciones e Importaciones) de los Estados Unidos nos reduce los créditos, habrá, en lo posible, que desviar nuestras importaciones de origen norteamericano, que son mucho mayores que las exportaciones argentinas con destino a Estados Unidos, de un modo tal que la medida deje de ser conveniente para quienes la promovieron. Y así sucesivamente”.

“En la medida en que cumpla estas consignas —termina sosteniendo el artículo— nuestro país no tiene mucho que temer por la campaña en favor de los derechos humanos”.

ITAMARATI EN DECLINACION

En los últimos días, alguna prensa de Buenos Aires ha destacado la publicación en diarios brasileños de varios artículos que considerarían de manera heterodoxa diversos problemas de la política exterior de ese país. Según el *Jornal do Brasil*, ésta “depende cada vez menos de Itamarati” (la cancillería brasileña), y la línea denominada “de pragmatismo responsable” del canciller Azeredo da Silveira estaría “prácticamente sepultada”. El planteo del comentarista Carlos Marchi es el siguiente: “Carter cambió las reglas del juego con Brasil, quebrando el agradable relacionamiento especial de Kissinger”. Entonces el Brasil, “que coordinaba una política exterior ambivalente —vinculada a los Estados Unidos y a Occidente, pero también liberada para decolar en acciones propias audaces— tuvo que volverse hacia sí mismo y repensar nuevamente toda su estrategia externa”.

A diferencia de lo que ocurría hace dos años, no es ya la diplomacia de Itamarati la

EL DÍA

que formula la política exterior brasileña, sino que ha pasado a ser relevada "en parcelas cada vez más significativas por el Palacio del Planalto (la Presidencia) y por el Consejo de Seguridad Nacional". O sea por los estrategos militares. "En pocas semanas —sostiene el comentarista, refiriéndose a las últimas— Itamarati se vio obligado a retroceder en la política exterior", hasta llegar a una situación que él caracteriza como de "pragmatismo responsable" determinó, por ejemplo, el rápido reconocimiento del gobierno de Neto en Angola, aun antes de la definición de la guerra civil; el establecimiento de relaciones con China; la orientación proárabe (orientada a captar inversiones de "petrodólares"); y el acuerdo nuclear con Alemania. También, últimamente, la oposición a proyectos tales como el de la "OTAN del Sur". Su pérdida de peso frente a la ofensiva de la "diplomacia de uniforme", si es real, podría implicar, pues, reorientaciones estratégicas considerables.

UNA MARINA "COLECTIVA" PARA EL ATLANTICO AUSTRAL

Hace pocos meses, a fines de noviembre de 1976, el contralmirante uruguayo Hugo Márquez fue uno de los militares condecorados que más categóricamente se pronunció a favor de la idea de estructurar una alianza estratégica-naval en el Atlántico Sur. Esta alianza, que integrarían Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay y Chile, así como Sudáfrica, recibiría el nombre de OTAS ("Organización del Tratado del Atlántico Sur") y constituiría una especie de réplica meridional de la OTAN, a la cual por lo demás se vincularía ideológica, política y tecnológicamente.

El viernes pasado, al asumir el cargo de Comandante en Jefe de la Armada de su país, Márquez —ahora ascendió a vicealmirante— dio un significativo paso adelante en su planteo, incluyendo en su discurso oficial una especie de convocatoria a sus colegas de la región para que se integren en una "armada colectiva". Dirigiéndose a las marinas de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile y Paraguay, Márquez les expresó su "fervoroso deseo de continuar consolidando, entre todas, un grupo de unión y esperanza". Pero no se quedó en vaguedades, sino que anunció que la Armada uruguaya "sumará todos sus pequeños prestigios, todos sus pequeños méritos, para fundir todos esos méritos, todos esos prestigios, en una Armada colectiva en esta parte del continente".

El proyecto propuesto no deja lugar a dudas: "... No sólo las Armadas de esta parte del continente, sino todo el Cono Sur va adoptando un mismo esquema, que sin duda va transformándose, más que en una conciencia nacionalista, en una idea regionalista e integracionista".

El vicealmirante y jefe de la Marina uruguaya añadió: "A la Armada de los Estados Unidos de América le ofrecemos nuestra desinteresada y ya vieja amistad, hoy más fuerte que nunca, cuando una sofisticada, misteriosa y complicada estrategia política pretende perturbarla".

Este discurso contribuye, indudablemente, a delinear el perfil de las fuerzas que pugnan por llevar adelante el proyecto de la "OTAS" y, en general, la conformación de un bloque estratégico de extrema derecha en el vértice austral del Continente Americano. En ese sentido, la política de Márquez y de sus aliados parece ser —para usar sus propias palabras— muy poco complicada, escasamente misteriosa y en absoluto sofisticada.